

Cromacio de Aquileya

## **TRATADOS**

## TRATADO 2

### LOS DOS NACIMIENTOS DEL SEÑOR

1. El bienaventurado Mateo, después de enumerar las generaciones que hablan de la esperanza de nuestra salvación, añadió: *Pero la generación de Cristo fue de esta manera. Estando desposada la madre de Jesús, María, con José, antes de que convivieran se encontró que estaba encinta del Espíritu Santo*<sup>1</sup>. Éste es por tanto el misterio celeste, éste el sacramento oculto y escondido desde los siglos<sup>2</sup>: que una virgen concibió del Espíritu Santo.

Lucas manifiesta más plenamente este suceso de la encarnación del Señor. Dice en efecto de qué modo el ángel se acercó a María y la saludó diciendo: *Ave, llena de gracia*<sup>3</sup>, y lo demás que sigue; y al preguntarle cómo se haría aquello que se le anunciaba, puesto que no conocía varón, le dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra. De modo que lo santo que nacerá de ti se llamará hijo de Dios*<sup>4</sup>. Justo era que santa María, que iba a concebir al Señor de la gloria en su seno, fuera iluminada<sup>5</sup> de aquí en adelante por el Espíritu Santo

y el poder del Altísimo para que, santificado su seno, recibiera en sí al creador del mundo.

Mateo y también Lucas comenzaron por el nacimiento corporal del Señor; Juan por su parte tomó el inicio de su nacimiento divino diciendo: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Éste estaba en el principio junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas a través de Él, y sin Él no fue hecho nada*<sup>6</sup>, para que mediante un doble misterio y una doble narración conociéramos tanto el nacimiento divino del Señor como el corpóreo, tal como nos muestran los evangelistas. En verdad los dos nacimientos del Señor son inenarrables, pero sobre todo aquel que viene del Padre excede toda medida de narración y admiración. El nacimiento corporal del Señor se da en el tiempo, su nacimiento divino antes del tiempo. Aquél en el siglo, éste antes de los siglos. Aquél de una virgen madre, éste de Dios Padre. En el nacimiento corporal del Señor fueron testigos tanto los ángeles como los hombres; en aquel su divino nacimiento nadie fue testigo sino el Padre y el Hijo, porque nada es anterior al Padre y al Hijo. Pero como el Verbo Dios no podía ser visto en la gloria de su divinidad, asumió la carne visible para mostrar la divinidad invisible. Tomó de nosotros lo que es nuestro, para darnos copiosamente lo que es suyo.

2. Por tanto cuando santa María, según la anunciación del ángel, había concebido del Espíritu Santo y ya aparecía su gravidez, san José, con quien esta misma virgen María se había desposado, ignorante del secreto de tan gran misterio, quiso despedirla ocultamente. Esto añadió en efecto el evangelista: *José, dice, como era varón justo y no quería entregarla quiso despedirla secretamente*<sup>7</sup>. Por adúltera tenía a la que incluso embarazada permanecía virgen; corrupta juzga-

ba a quien era madre de la virginidad y creía reo de muerte a quien había concebido al autor de la vida. Mira no obstante el propósito del hombre justo. Aunque pensaba que santa María era adúltera, no decidía entregarla a la condena, para no manchar su santa conciencia con la sangre de otro. Algunos de nosotros, aunque rebosan en la inmundicia de sus crímenes, o bien acometen contra sus mujeres siendo ellas inocentes, o bien por una sospecha leve las consideran dignas de ser condenadas, cuando ellos mismos ante Dios están tal vez sometidos a condena y forzados como reos al juicio divino. Y por esto dice bien el Apóstol: *¿Pero piensas, oh hombre, que juzgas a otro y haces las mismas cosas, que escaparás al juicio de Dios?*<sup>8</sup>. Hemos dicho estas cosas de pasada, a causa de algunos insolentes que son propensos a la acusación y están dispuestos para la condena. Pero está casi de más decir algo sobre el adulterio cuando se proclama la virginidad de María.

3. Por tanto cuando san José, ignorante todavía de tan gran misterio, quiso despedir ocultamente a María, fue advertido en una visión por un ángel que le dijo: *José, hijo de David, no temas recibir a María por tu esposa, pues lo que nacerá de ella es del Espíritu Santo*<sup>9</sup>. Se dio a conocer a san José el misterio celeste para que no pusiera en duda la virginidad de María. Pues no podía permitir Dios que el justo se equivocara sobre tan gran virginidad. Se le hizo conocedor para que excluyera el mal de la sospecha y recibiera el bien del sacramento. Por esta razón se le dijo: *No temas recibir a María por tu esposa, pues lo que nacerá de ella es del Espíritu Santo*, para que conociera no sólo la integridad de su esposa sino también el parto de la virgen. No convenía revelar en primer lugar tan gran misterio a otro hombre distinto de José, que era considerado esposo de María y que

por razón de su mismo nombre no tenía el deshonor del pecado. En efecto, José se traduce del hebreo como «sin oprobio». Advierte pues también en esto el orden del misterio: antiguamente habló primero el diablo a la virgen Eva y después al hombre para infundirles la palabra de la muerte; aquí el ángel santo primero habla a María y después a José para revelarles la Palabra de la vida. Allí primero fue elegida la mujer para el pecado; aquí se la elige primero para la salvación. Allí cayó el hombre por la mujer; aquí se levantó<sup>10</sup> por la virgen. Dice por tanto el ángel a José: *José, hijo de David, no temas recibir a María por tu esposa, pues lo que nacerá de ella es del Espíritu Santo.*

4. Y añadió: *Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Él salvará a su pueblo de sus pecados*<sup>11</sup>. Pero este nombre del Señor, con que se le llama «Jesús» desde el seno de la virgen, no le es nuevo, sino antiguo; Jesús en efecto significa en hebreo «salvador»<sup>12</sup>. Este nombre conviene propiamente a Dios porque dice por el profeta: *No hay justo ni salvador fuera de mí*<sup>13</sup>. Además al referir el mismo Señor por Isaías el alumbramiento corporal de su nacimiento dice: *Desde el seno de mi madre me ha llamado por mi nombre*<sup>14</sup>. Con su nombre, sí, no con uno extraño, porque fue llamado Jesús según la carne —es decir, salvador— quien era salvador según la divinidad. Pues Jesús, como hemos dicho, quiere decir salvador. Esto es lo que dice por el profeta: *Desde el seno de mi madre me ha llamado por mi nombre.* Pero para mostrarnos más plenamente el sacramento de su

encarnación, añadió: *Hizo mi boca como espada afilada y como flecha elegida me escondió en su aljaba*<sup>15</sup>. Indicando en la flecha su divinidad, en la aljaba el cuerpo asumido de la virgen por el cual su divinidad ha sido escondida con el velo de la carne.

También en el libro del Éxodo manifiesta el Señor que este nombre suyo con que se le llamó, Jesús, le pertenecía desde antiguo, cuando así habla a Moisés acerca de Jesús<sup>16</sup>, hijo de Nun, que había recibido este nombre en figura: *Envío mi ángel delante de ti para que le obedezcas; y no lo despreciarás. Pues no se aparta, porque mi nombre está sobre él*<sup>17</sup>. Porque Hosea hijo de Nun, que fue jefe después de Moisés, empezó a llamarse Jesús<sup>18</sup> para ser figura del Señor, que iba a venir a la carne<sup>19</sup>. Por eso cuando dice el ángel acerca del Señor en el pasaje que nos ocupa: *Dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Jesús*, manifiesta el misterio de su encarnación, porque uno solo es Jesús, Verbo y carne, Hijo de Dios e hijo del hombre, no uno y otro sino uno y el mismo el que nació del Padre y el que fue engendrado de la virgen. *Este*, en efecto, *salvó y salva cada día a su pueblo*, a quien aparta de los ídolos, a quien redimió con su sangre santa y a quien promete la salvación eterna.

5. Y añadió el evangelista: *Todo esto se hizo para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el profeta Isaías: He aquí que la Virgen [concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre] Dios con nosotros*<sup>20</sup>. Por tanto, según la predi-

cación del profeta concibe una virgen, da a luz una virgen para la salvación del mundo. Mira aquí también el misterio; mira cómo fue restituida la salvación al mundo del mismo modo que antiguamente viniera por sorpresa la ruina del pecado. Adán es modelado de tierra virgen; el Hijo de Dios nace de la Virgen María<sup>21</sup>. Allí una virgen concibió la muerte; aquí una virgen generó la vida. Allí cayó el hombre por la virgen; aquí el hombre por la virgen se mantuvo en pie. Allí la ruina de la muerte, aquí el triunfo de la victoria. Y también David muestra que el hijo del hombre había asumido la carne de una virgen, cuando dice: *Un hombre dirá Madre Sión, un hombre fue hecho en ella, el Altísimo en persona la ha fundado*<sup>22</sup>. Aquí la Madre Sión designa a santa María, la cual es madre de la carne del Señor, en la cual el Hijo de Dios se hizo hombre, porque *el Verbo se hizo carne*<sup>23</sup>, como atestigua el evangelista.

Pero Él mismo es el constructor de su misma carne porque Él mismo resulta ser para sí mismo iniciador y creador de su nacimiento corporal. Y por eso añadió: *Y el mismo Altísimo la fundó*. Esto lo muestra también Salomón cuando dice: *La Sabiduría se ha edificado una casa*<sup>24</sup>. Porque Cristo, que es la *Sabiduría de Dios*<sup>25</sup>, se modeló un cuerpo en el seno de la Virgen<sup>26</sup>. Con razón también, al hablar el Señor por boca de David en el Salmo, prefigurando de forma escondida su encarnación, dice: *Yo soy gusano y no hombre*<sup>27</sup>. No quiere decir que él sea un gusano, sino que muestra el sacramento de su nacimiento corporal. Porque así como el gusano nace espontáneamente de la tierra y sin ne-

cesidad de semilla, así el Señor, sin semilla de varón, salió del útero virginal. Y no hay duda que aquel salmo se refiere propiamente a la persona del Señor, porque se dice en otra parte del salmo, refiriéndose de modo evidente a la persona del Señor: *Se dividieron mis vestidos y echaron suertes sobre mi túnica*<sup>28</sup>.

También en otro lugar manifiesta el Espíritu Santo a través de Isaías que una virgen iba a dar a luz, cuando dice: *Saldrá una vara de la raíz de Jesé, una flor brotará de su raíz*<sup>29</sup>. La vara de la raíz de Jesé significaba la Virgen María, que toma su origen de la estirpe de Jesé a través de David. A la tribu de David, en efecto, como manifiesta el evangelista y también el Apóstol, perteneció la Virgen María, de la cual surgió, en Cristo, una flor de carne humana. Esta vara es la que, colocada en la tienda del testimonio, germinó por un nuevo y admirable misterio y produjo como fruto una nuez sin humedad de la tierra, como signo que se recordara siempre<sup>30</sup>. Por esta señal fue confirmado el sacerdocio de Aarón. Y allí por tanto, en la vara de Aarón, se mostraba María, que en verdad germinó sin humedad de la tierra y produjo un fruto suavísimo, porque sin semilla de varón dio a luz a un hijo que se convirtió en verdadero fruto de la salvación humana, adhiriéndose como nuez al leño de la pasión y dividiendo su fruto con la predicación cuádruple del evangelio; por este fruto ha sido fortalecido el verdadero y eterno sacerdocio de la Iglesia. Y aquella vara singular se sabe que es María porque no conoció la participación de varón<sup>31</sup>. Esta vara ha sido llamada vara sacerdotal porque santa María, como más arriba probamos,

no desciende sólo de familia real, sino que es también de origen sacerdotal.

6. En ella se ha manifestado verdaderamente un nuevo y admirable signo, que nunca se dio: el parto de la virgen<sup>32</sup>, el linaje humilde del Salvador, los balbuceos del creador. Nace de una virgen el que ya antes existía, nacido del Padre; es creado en el seno según la carne quien antes había creado los ángeles y todas las cosas; se ve hombre al que es Dios; se contempla en un bebé al que es Señor de la gloria; aparece pequeño en el cuerpo quien es sublime en majestad; y es llevado por las manos maternas el que lleva todo el mundo y el tiempo. Por esto, conforme al testimonio del profeta, declara el evangelista que es Dios el que nació de la Virgen: *Y le pondrán por nombre Emmanuel, que quiere decir «Dios con nosotros»*<sup>33</sup>.

Enmudezca por tanto toda impiedad que niega o ignora que el Hijo de Dios es Dios, cuando por el testimonio del profeta y del evangelio se declara que es Dios quien nació de la Virgen. Esto lo podríamos probar con testimonios innumerables, pero no debe excederse este tratado en sus dimensiones. Baste decir que el Señor y Salvador nuestro ha mostrado de modo evidente que es Dios, incluso en su mismo nacimiento corporal, como dice el profeta: *Y le pondrán por nombre Emmanuel, que quiere decir «Dios con nosotros»*.